

Luz y sombra del feminismo

Por ENRIQUE GUARNER

La civilización occidental se basa en la creencia de que la familia gobernada por el hombre, es la piedra angular del progreso de la humanidad. Resulta casi seguro que la doma de los animales salvajes así como la creación de las armas hayan sido elaboraciones masculinas, pero las contribuciones femeninas son igualmente trascendentales, puesto que ellas originaron la agricultura y la vida sedentaria. Sin embargo, no se sabe a ciencia cierta cuándo los varones se adueñaron de la propiedad privada y tomaron las decisiones del gobierno. Las mujeres eran indispensables y siempre estaban presentes, pero ocupaban una posición subordinada. Ningún trabajo era demasiado pesado para ellas, ni suficientemente fuerte para excluirlas. En el campo, las minas, los mercados, así como los talleres y hogares eran activas y ayudaban a sus maridos o los remplazaban en caso de ausencia. Cuando llegaba la muerte del hombre contribuían al sustento de la familia. No obstante, las mujeres no hacían ni participaban en las guerras, sino que constituían el botín. Desde el punto de vista histórico no elaboraban las leyes, pero las obedecían, tampoco inventaban las religiones, pero las seguían.

En la mayoría de las sociedades, mientras el hombre se reservaba el privilegio de extender sus favores sexuales fuera del hogar, las mujeres hacían el voto de castidad antes del matrimonio y el de fidelidad a lo largo del mismo. Su vida era de menor utilidad y cuando nacía una niña no traía la misma felicidad que el nacimiento del varón.

Sin embargo, en el valle del Nilo, la posición de la mujer era tan alta como en los pueblos más avanzados de nuestros días. Ellas conservaban sus propios nombres y tenían igualdad ante las leyes. Hatshepsut y Cleopatra reinaron y gozaban de una categoría semejante a cualquier faraón. En Egipto los hombres se casaban con sus hermanas para evitar que la herencia familiar que pasaba de madres a hijas fuera a dar a otras manos. Legalmente la esposa conservaba el control de la dote y determinaba el empleo de la misma.

Resulta sorprendente que durante la época heroica de la civilización helena, el sexo femenino radiara con inusitado esplendor para irse desvaneciendo. Como afirma Durant: "En Herodoto la mujer está en todos lados y desaparece para siempre en Tucídides". Es probable que los hombres juzgaran a partir de entonces a la hembra en términos de utilidad y la redujeran a las funciones del hogar.

Se puede afirmar que en Roma su posición no se modificó aunque en determinados períodos floreció una forma de explotarlas a través de la prostitución. El adulterio en ambos sexos fue común durante el imperio.

La llegada del Cristianismo es importante en cuanto a la igualdad de los géneros dentro de las congregaciones religiosas y Jesucristo reconoció el valor de la mujer como persona, pero los apóstoles judíos habían vivido en una sociedad que las menospreciaba y por ello no aceptaban la emancipación femenina.

Resulta curioso que las mujeres que tanto contribuyeron a las artes durante este tiempo recibieran escaso crédito y que hayan pasado al anonimato. El adorno de la persona y de la casa, el diseño de los vestidos, la decoración interior, el bordado y las alfombras han tenido menor cotización de la que merecen y sin embargo, conmemoran tanto las leyendas como los eventos históricos reales.

Los siglos XV y XVI resultan fundamentales en el culto a la mujer, en el campo sentimental y creativo. Ejemplos de lo anterior sería la Beatriz del Dante y la obra impecable de Santa Teresa de Jesús.

La aparición de la industrialización transfirió la actividad de la mujer hacia el hogar y su valor desde el punto de vista económico disminuyó. Tanto ellas como los hijos dejaron de constituir una ventaja social y fueron inutilizados, haciéndose cargo de ellos el hombre. La característica del trabajo femenino fue de naturaleza subsidiaria y esto dio lugar a que en 1792, Mary Wollstonecraft elevara su voz al publicar "A vindication of the rights of women" (Vindicación de los derechos de la mujer). Esta autora nacida en Inglaterra fue testigo de los malos tratos dados a su madre por un padre tiránico y cruel. Con el tiempo tuvo que ayudar a su hermana para escapar de una situación semejante, debido a que las leyes no protegían a la mujer en estos casos. Mary misma intentó suicidarse al ser abandonada por un hombre, hasta que se casó con el filósofo anarquista Godwin, con el cual procreó a una hija, que también fue magnífica escritora y que habría de casarse con el poeta Shelley.

La historia del siglo XIX abunda en mujeres que abrieron caminos en todos los órdenes. Francis Wright trabajó en favor de la solución práctica del problema de la esclavitud. George Sand fue una francesa inconformista partidaria de un socialismo humanitario. Florence Nightingale reorganizó los servicios hospitalarios durante la guerra de Crimea y creó una nueva carrera la de enfermera. Emilia Pardo Bazán, excelsa escritora se atrevió a narrar temas que no eran específicamente femeninos levantando controversias. Más allá llegó Virginia Woolf cuya novelística constituye una aportación literaria fundamental en el presente siglo.

Todas estas mujeres ayudaron a demostrar que las tareas intelectuales no eran prioridad de los hombres. A partir de ese momento ellas fueron admitidas en casi todas las profesiones y el sexo ha dejado de ser un criterio para la división del trabajo. El único problema que aparentemente prevalece es el de obtener igual remuneración por la misma labor; dado que las posibilidades que ellas tienen de alcanzar posiciones elevadas se encuentran reducidas. Por supuesto que lo expuesto anteriormente sucede en la mayoría de los países occidentales, pero otro es el caso de los pueblos africanos, de la India o el Japón.



Determinantes del feminismo

Como hemos visto la historia ocasionó el que la mujer se ofreciera al hombre como posesión para ser mantenida. Por lo tanto, al contrario de lo que Freud pensaba acerca de la "envidia del pene", el sexo femenino está muy orgulloso de sus órganos genitales que son el centro de su poder. Con ellos así como con su belleza y juventud, la mujer puede "cazar" al varón que desee y este le dará el sustento, la seguridad y el placer.

Aun antes de la pubertad las niñas son coquetas y cuando la mujer empieza a declinar intenta con los cosméticos o la cirugía plástica para disfrazar su edad. La seducción con todos sus ornamentos como ropas y joyería se derivan más que de un valor artístico o estético de una determinación para estimular el deseo masculino.

Se me preguntará si esta situación no sucede también en los hombres que se venden o actúan como "gigolos" y mi respuesta es que esto sucede rara vez. La razón parte de que desde el principio de los tiempos el varón tuvo que poseer a la mujer valiéndose de la fuerza. La iniciativa era suya y como el sexo femenino no podía igualar al hombre en fortaleza, entonces recurrió al subterfugio de la seducción por medio de la gracia, la belleza y la elegancia.

Sin embargo, desde hace más de un siglo, cuando Ibsen dejó que Nora Hemer saliera de su "Casa de muñecas", la mujer se ha vuelto una participante activa. Es la creencia del sexo femenino que las viejas tradiciones pueden ser cambiadas y demanda una igualdad indiscriminada.

En el mundo actual los tres grandes valores parecen ser: el poder, el dinero y el sexo y las mujeres, salvo en Inglaterra con Margaret Thatcher, rara vez escalan las más altas posiciones de la jerarquía gubernamental. Afortunadamente el poder y el dinero que antes obtenían a través del sexo y aquí me refiero tanto al legítimo en la forma del matrimonio, que sin el mismo; ahora lo ganan por medio de la educación.

Este aspecto del movimiento feminista en favor de la emancipación es loable y realista. Sin embargo, el punto de vista crucial sin resolver continua siendo el sexual, que no puede ser dejado a los ideólogos. El acto sexual en sí mismo da papeles diferentes a los dos sexos. El hombre tiene que ser el que penetra y la mujer debe ser receptora. Para funcionar el varón tiene que mantener la erección para satisfacer a la hembra. Esto quiere decir que en cierta forma el sexo masculino se expone y demuestra una habilidad. La mujer no necesita más que el deseo para satisfacer al hombre. Parece ser que Shakespeare percibía esta situación al afirmar: "Para que dos personas guien un caballo, una tendrá que ir detrás".

El estado psicológico de las mujeres en la época presente se caracteriza por una división entre su ideología actual que se opone a la actitud tradicional. Algunos aspectos han cambiado totalmente a raíz del control de la natalidad, pero al mismo tiempo se ha abierto una grieta entre las condiciones materiales y las posiciones históricamente acostumbradas. El cambio más afectado es el de la organización familiar y la autoridad que se centraba en el padre ha desaparecido dando paso a una especie de democracia en la que todos opinan. Sin embargo, esta apertura puede tener consecuencias que tarde o temprano traerá defectos en la identidad de los sexos.